

LA ACADEMIA DE ISIDRO. TESTIMONIO

Dr. Gerardo de la Llera Domínguez

En la historia de los países, existen situaciones y acontecimientos que a veces denotan los éxitos o deficiencias de los sistemas imperantes en un momento dado. Este es el caso del hecho a que nos referiremos, así como a los personajes que giraban alrededor del mismo. La academia de Isidro, al igual que otras existentes en la época, era a nuestro modo de ver las cosas, una derrota del sistema de educación superior, universitario de la República de Cuba de antes del año 1959, pues compensaba lo que oficialmente no lograba la Universidad, en este caso representada por la antigua escuela de medicina. En realidad, no me atrevo a calificar esta empresa particular como buena, regular o mala, pues depende del color del cristal con que se mire. A la luz de nuestra situación actual, no tuviese otro calificativo que nefasto, ya que en la actualidad, los recursos del estado, así como el esfuerzo y trabajo de los educadores en esta rama de la ciencia que es la medicina, son en grado superlativo, pero si miramos el fenómeno inmerso en el ambiente de aquella sociedad, quizás no seremos tan severos y estoy seguro de que muchos que la conocieron la considerarán como buena.

Me he animado a escribir sobre esto que existió en nuestra ciudad, pues en ocasiones conversando con otros médicos más jóvenes me he podido percatar que muestran interés por conocer y se lamentan de que al no escribirse se corre el riesgo de que se pierdan en la nebulosa del pasado. Conozco que el Profesor Gregorio Delgado, Historiador de la Salud Pública de Cuba, ha escrito del asunto, pero lo que reseñaremos es nuestra vivencia a forma de testimonio.

En fecha tan temprana como el año 1926 (1), comenzó a funcionar esta academia particular, que fue antes de yo nacer, por lo que describiremos todo de acuerdo a como la conocí.

Ingresé con 17 años, a estudiar la carrera de medicina, cuando corría el año 1947, en la antigua Escuela de Medicina, que se encontraba ubicada en un magnífico edificio, construido especialmente con esos fines, situado en la calle 25, entre las calle I y J, en el barrio del Vedado en la Ciudad de La Habana, donde todavía se encuentra, sólo que ahora es la Escuela de Biología. Calculo que en los, primeros días de estar asistiendo a clases, supe de la existencia de la referida academia de Isidro, pues como la Anatomía descriptiva I era una de las asignaturas mas fuertes del primer año, se me dijo que sólo matriculando en la referida academia, podía aprobar y que me podía olvidar de las

clases oficiales, a las que ni siquiera había la obligación de asistir, lo que era verdad. Además, para apoyar las bondades de la academia se me explicó que por el pago, el dueño y único profesor de la academia, llamado Isidro Hernández, o simplemente Isidro que es como todos lo llamaban, entregaba todos los libros necesarios para cada año de la carrera, pues poseía una imprenta donde los copiaba y reproducía. Nunca me he podido explicar la razón de este proceder, sin que aparentemente no sucediese nada ni tuviese reclamaciones por derechos de autor, teniendo en cuenta que eran libros de autores conocidos cubanos y extranjeros.

Yo no estaba acostumbrado a esto, pues procedía de un colegio privado donde había realizado el bachillerato, pero ante tanta insistencia y evidencia, me dispuse a aceptar la situación. Me encaminé a la dirección que me habían dado que era en la calle San José, entre Gervasio y Escobar, a medianía de cuadra, para lo que tomé un tranvía que transcurría por Belascoín. Caminé por la calle San José, hasta llegar a la dirección buscada y pude identificar desde lejos el lugar al observar un numeroso grupo de jóvenes que como yo se habían situado frente al lugar. Al llegar, pude observar un gran portón, abierto, que daba acceso a lo que antiguamente era un zaguán, pero todo bastante deteriorado, sin pintura, lo que me causó bastante mala impresión. Si la primera impresión fue mala antes de entrar, fue aún peor al traspasar el umbral, pues al fondo, después del zaguán, se podía observar un amplio espacio, donde se levantaba una gradería rústica, en que el escalón de arriba era el respaldar del de abajo. En el propio zaguán, a la izquierda, existía un mostrador, también de calidad que dejaba mucho que



desear y al fondo una montaña de libros de todo tipo, todos encuadernados en cartulina azul, con letras negras en una de las caras, identificando el título y autor. Detrás del mostrador, a cargo del proceso que allí se desarrollaba, estaba ISIDRO.

Isidro Hernández López, era un hombre obeso, que a mi apreciación, tendría unos 45 a 50 años, y he sabido ahora por el trabajo del Dr. Gregorio Delgado, que nació en 1903 (1), de cara mofletuda, donde se destacaban unos lentes de

Isidro Hernández López (1)

gruesos cristales que denotaban una intensa miopía, de tez trigueña, cabello abundante, peinado con raya a un lado, ondulado, negro, con numerosas canas que daban un

aspecto veteado, pero agradable, de una bonita cabellera. La camisa era blanca, de las que se usan con corbata, de mangas largas, arrolladas hasta la mitad de los antebrazos, que debido a la gordura, se descolgaba algo hacia atrás, mostrando la nuca y parte del comienzo de la espalda que trataba de emerger cual giba de dromedario. La parte inferior de esta prenda, se escondía dentro del pantalón, que era de un color gris oscuro y según me parece recordar tenía finas listas verticales de color menos pronunciado. La cintura de estos calzones, la sujetaba un cinto de cuero, que daba la vuelta a la enorme circunferencia del pronunciado abdomen, por encima de la supuesta ubicación del ombligo. Continuando la observación hacia abajo, los pies de esta anatomía calzaban unos zapatos negros, a los que su dueño les había doblado el refuerzo del talón, de forma tal que se convertían en zapatillas. Su estatura era de aproximadamente 1 metro y 67 cm., pero lo que más se destacaba en todo ese conjunto era su voz, pues sólo al hablar, se podía apreciar que era de un timbre penetrante, potente, limpia, que recordaba la de un tenor spinto. Por supuesto que dando clases, todas esas cualidades sonoras de la emisión de la voz, se multiplicaban, lo que apoyaba en forma muy positiva cada clase ofrecida.

Así fue como conocí a Isidro y recuerdo que en ese instante, matriculaba en la Academia a los nuevos alumnos como yo, anotando en papeles que al parecer no tenían orden ni estructura, sus nombres, sus direcciones y año que cursaba, pero todo esto sin exigir alguna identificación oficial. Cada cual pagaba la cantidad estipulada, que en realidad no era alta, si tenemos en cuenta que salía de allí con todos los libros y el derecho de asistencia a las clases. Isidro tomaba el dinero y lo guardaba en cajas de cartón y hasta en los bolsillos. Nunca pude saber la forma en que llevaba esa complicada contabilidad, pero de lo que si estoy seguro es de que la llevaba bien, pues todos sabían que disponía de dinero suficiente con el que ayudaba para las campañas políticas dentro de la Escuela de Medicina. Isidro participaba en estas campañas que al parecer eran bastante productivas. El personalmente, permanecía siendo alumno de medicina sin graduarse (2), para participar de la política. Salí de allí cargado de libros y con la mente cargada de impresiones, por cierto no muy buenas, pero resignado y en cierta forma compensado al ver que casi todos mis nuevos compañeros de año estaban en iguales gestiones. Al siguiente día, comenzaban las clases de Anatomía Descriptiva I en la academia y lo esperaba con gran intriga, ansiedad y desasosiego.

A la hora señalada, o mejor media hora antes, ya estaba frente al local de la calle San José y al observar que todos los alumnos iban pasando al interior, hacia la gradería, hice

lo mismo. Traspasé el antiguo zaguán y penetré en un amplio local, que posiblemente había sido el patio del inmueble, ya modificado, que a su vez al parecer correspondía a un antiguo solar habanero. Frente a mí se encontraba la gradería que hubimos de mencionar al inicio, que más bien parecía una escalinata, sólo que en esta ocasión, pude observarla con más detenimiento al punto de percatarme que era más grande y amplia de lo que había pensado. Existía un techo que la cubría, pero en la parte posterior del local, donde ya terminaba la estructura, quedaba un patio sin techo, donde se acumulaban apilados, huesos humanos que los estudiantes podían tomar para su aprendizaje. Cuando nosotros comenzamos en la academia, ya Isidro no usaba piezas anatómicas reales para sus clases, pues dicen que se lo habían prohibido por razones sanitarias, a pesar de que según relataban, las conservaba muy bien en tanques de formol. Esto, como veremos fue una ventaja para el proceso docente. Situados frente a la gradería, a la derecha existía un amplio pasillo, que conducía al patio posterior y después una pared, que era la correspondiente a las casas colindantes y a la izquierda, en lo que era un primer piso, al que se accedía por una endeble escalera, se podían ver una serie de habitaciones, cuyas puertas daban a un pasillo, limitado por una baranda, de suerte que era como un alargado balcón que daba a la gradería central, donde se sentaban los alumnos para recibir las clases. Esas eran las habitaciones donde vivía Isidro con su hijo que era un adolescente de unos 12 ó 13 años, a quien se le veía muy poco. Era de Guanajay, donde residía su esposa o compañera, que visitaba todos los domingos. Tenía un empleado, que hacía todo tipo de trabajos, desde buscar encargos y traerlos a la casa hasta ocuparse de los libros que se imprimían en la imprenta que funcionaba en los bajos de las habitaciones, en un local que lo limitaba una pared que daba a la gradería. Era un hombre joven, de unos 21 ó 22 años de la raza negra y de complexión fuerte. Al frente de este auditorium, se encontraba el estrado del profesor, que más bien parecía un púlpito de iglesia a donde se llegaba subiendo una pequeña escalerita de unos 4 escalones. Allí se situaba Isidro para ofrecer sus famosas clases.

Ocupé un asiento en la escalinata aproximadamente en la parte media, pues quizás por razones de inseguridad personal, no deseaba estar muy cerca del profesor, pero me aseguré de tener una buena visión. Ascendió Isidro al estrado, ataviado con la misma ropa con que lo había conocido y comenzó la clase. Quedé sorprendido de la metodología empleada, pues considero que era un sustancioso aporte a la didáctica. No usaba pizarra ni métodos de proyección de los existentes en esa época que eran diapositivas. Extrajo una rústica tabla de aproximadamente 80cm. de alto por 60 de

ancho, llena de puntillas clavadas sobresaliendo cada una aproximadamente 2cm, la que colocó sobre la pared a forma de pizarra y entonces, tomando un fragmento de plastilina blanca, comenzó a moldear la misma hasta hacer una Y que en posición invertida pegó a la tabla y con su voz de tenor, en forma sonora que se escuchaba en todo el local, dijo “¡La tráquea!”, término que repitió varias veces, para acto seguido, tomar otro fragmento de plastilina de color rojo, la moldeó dando otra forma y la colocó en situación adecuada sobre la supuesta “tráquea” diciendo con igual intensidad de voz a modo repetitivo “¡La aorta!” y así gradualmente tomando fragmentos de plastilina de diferentes colores, fue colocando los órganos que constituyen las relaciones de cada uno. Desconozco si este método era copiado o si por el contrario había sido ideado por él, pero estoy seguro de su eficacia, al reunir las propiedades audiovisuales y la repetición, pues al salir de esta clase, todos sabíamos las relaciones de estos órganos del mediastino. Parece fácil, pero se requería conocimientos y habilidades especiales, que sin dudas Isidro poseía. Así transcurrían las clases a través del curso, pero se debe destacar algo importante y pintoresco, ya que las relaciones de Isidro con los alumnos, a pesar de que éstos lo trataban de tú y que en definitiva lo respetaban, eran sumamente liberales, pues cuando en alguna clase alguno de los alumnos, de los más díscolos, que abundaban, decía algo en voz alta a veces con sentido de burla, Isidro le decía textualmente: “¡Lo que a ti te pasa es que tu padre es alcohólico y tu madre no lo conoce!”. Otras veces arremetía contra aquellos alumnos que le debían dinero, diciendo “¡Acuérdense de los papelitos!” a pesar de que en los casos que él sabía que eran muy pobres y no tenían, ni se preocupaba de cobrarles. En otras ocasiones y siempre en medio de una clase, era tanto lo que les decía a los alumnos varones, pues jamás dijo algo a las femeninas, que les pedía a éstas, que salieran del local momentáneamente.

Son muchas las anécdotas que se dicen de él. En una ocasión y esto lo hube de presenciar, alguien en el transcurso de una clase le dijo que él sólo tenía una camisa y un pantalón, que era el descrito al inicio de esta narración. ¡Para qué fue aquello!. Montó en cólera y rápidamente subió a las habitaciones para desde la baranda tipo balcón, arrojar hacia la gradería-escalinata, un enorme bulto lleno de camisas y pantalones todos iguales, diciendo lo de siempre”¡Para que tú veas que tu padre es alcohólico...etc.! Se jactaba de que los exámenes que ponían los profesores de la Escuela de Medicina, eran teniendo en cuenta lo que él daba en la academia y por eso, a veces amenazaba al alumnado diciendo “¡Si siguen molestando voy a hipertrofiar la materia y les daré la letra chiquita!”, refiriéndose a la parte de los libros donde se trata

un tema más específico, para lo que se usa un tipo de letra menor. Alardeaba igualmente de ser amigo de Grau San Martín, uno de los Presidentes de la República mediatizada quien a su vez era Profesor de Fisiología y decía que tenía “derecho de mampara”, expresión usada en esa época al decir de personas que no tenían que hacer antesala para ver a algún personaje de relevancia y podían empujar sencillamente la puerta de los despachos. Otra anécdota es la que me refirió recientemente un profesor amigo, diciendo que en una ocasión, le dijeron a Isidro que él no sabía tanto de anatomía y que sólo era lo que daba en las clases, a lo que éste, le extendió uno de los volúmenes del conocido texto de Anatomía de Testut-Latarjet y dijo: “ábralo por cualquier página y pregunte”. Así se hizo e Isidro recitó de memoria todo lo que estaba en la página seleccionada. Desconozco si esto fue realmente así, pero no me extraña, pues se sabe que era un profundo conocedor de la anatomía descriptiva y topográfica. Recuerdo que cuando ya yo estaba cursando el final del segundo año, Isidro, a fin de que los estudiantes pudieran aprovechar más el tiempo, usando las horas en que por problemas lógicos de resistencia física y de atención a otros problemas, él no podía estar dando clases, compró unas máquinas grabadoras-reproductoras, que recién habían salido al mercado, de esas que al principio eran de rollos de alambre donde se grababa y después de carretes de cinta magnética. Allí grabó sus clases y en esos horarios, a través de amplificadores ponía una y otra vez las clases durante todo el día, sin que esto sustituyera las clases que brindaba, que siempre se mantuvieron. Eran dos máquinas situadas al frente y a ambos lados de la gradería. No sé quien las bautizó, pero les llamaban “Isidrolas”

Ésta era la academia de Isidro conocida por mí, que forma parte de la historia de la enseñanza de la medicina en nuestro País. Se mantuvo hasta 1960, hasta poco después del triunfo de la Revolución, donde por supuesto ya no tenía cabida. Su dueño, Isidro, se marchó a Venezuela, donde falleció (1). Lástima, pues no tuvo la visión necesaria, ya que estoy seguro de que su trabajo en nuestro País, en nuestra Escuela de Medicina, hubiese sido mucho más importante y reconocido en esta etapa.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

- 1.- Delgado, Gregorio Instituciones no oficiales y academias privadas para la enseñanza de la medicina en Cuba Cuad. Hist. Sal. Pub. No. 84, La Habana, 1998
- 2.- Universidad de La Habana. Archivo Histórico. Exped. Est. No. 30203.